



Carlos SANDOVAL. *UN SUEÑO DE GRECIA*. INSTITUTO DE INVESTIGACIONES LITERARIAS, UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA.

Tributaria de una línea temática a la cual se adscriben *Dionysos* (Pedro César Dominici: 1904), *Lisandra* (José Pirrone: 1977) y –tensando el arco– *Setecientas palmeras plantadas en el mismo lugar* (José Balza, 1974), *La segunda memoria*, obra de David Alizo publicada por el Fondo Editorial Fundarte de la Alcaldía de Caracas en 1998 resulta,

como aquéllas, una novela de factura venezolana sobre asuntos griegos. (Acaso habría que incluir en el grupo, si nos atenemos al título, a la sólo conocida por débiles referencias *Los atenienses en Fenicia*, escrita por Juan Francisco Franco Quijano y probablemente impresa en 1928). Quiere decir, en estas piezas el mundo clásico deviene personaje de algunas tramas o de toda la ficción: dioses y héroes, ciudades y hombres, noticias e historias de la época de Homero, o de los años quinién-

tos antes de Cristo, abandonan pronto el simple rol decorativo de los capítulos iniciales trocándose en protagonistas novelescos, al paso que las «vidas imaginarias» creadas a ese propósito muestran su verdadera funcionalidad textual: el vicario papel de espitas aliviadoras de una inmensa erudición mítica e historiográfica (¿etnológica?) concerniente a la Magna Grecia. Obsérvense, como ejemplos, los subtítulos que Dominici y Pirrone acuñan como mapas para transitar sus respectivas páginas: «costumbres de la antigua Grecia» (*Dionysos*); «de las memorias de un pedagogo ateniense del siglo de Pericles» (*Lisandra*).

Alizo ha preferido, sin embargo, un epígrafe de Jung: «Finalmente se dan casos en que, como hemos visto, existe también un yo inconsciente y por tanto una segunda conciencia. Pero éstas son excepciones». La frase resume el interés de la novela: relatar el surgimiento y libre desempeño de una segunda memoria en la atribulada cabeza de un joven, quien pierde su conciencia primera a causa de un equívoco:

creerse el asesino de su padre. Un mero pretexto que sirve al autor para exponer narrativamente su vasto saber sobre los mitos griegos, porque, a fin de cuentas, los avatares físicos a los cuales se enfrenta el desmemoriado Ángel Lapique no trascienden las paredes de un sanatorio y de una pequeña villa, en tanto que sus andanzas mentales lo impulsan a un itinerario psicológico por densos pasajes relativos a las vidas y hechos de ciertas divinidades y semidioses, pues su enajenación le hace sentirse un antiguo ateniense contemporáneo, si vale el oxímoron.

Con todo, el motivo que desencadena las acciones («estáticas», por cerebrales) luce muy pálido: Lapique dispara contra su padre y de seguido cae amnésico, pues no es capaz de soportar el parricidio. Pero a poco nos enteramos de que el muchacho erró el blanco (aun cuando no llega a saberlo, de allí la pérdida de la memoria) y del infarto providencial que, antes del estruendo de la pistola, siega al odiado viejo. En fin, un artilugio increíble, excesivo.

Las causas del frustrado asesinato son más verosímiles: la angustia psíquica de Ángel a consecuencia de la remota partida de su madre, se supone que hacia alguna región del Mediterráneo, impelida por su marido, Máximo Lapique, quien coarta sus inquietudes artísticas: la hechura de versos y lecturas.

La novela cuenta, entonces, la tortuosa búsqueda mental de esa madre (luego del trunco homicidio) partiendo de un mínimo elemento: una fotografía en la cual aparece ésta al lado de una columna dórica. El periplo contribuye, simultáneamente, con la recuperación de la personalidad del joven caraqueño. No obstante, este germen anecdótico se difumina para dar entrada al asunto miliar del libro: la Grecia de Tiresias, Orfeo, Cipris... (nombres que, por demás, dan título a tres de los quince capítulos de la obra). Así, la recurrencia por instruir al lector respecto a pormenores «clásicos» que inciden en algún tramo de la historia «ficticia» enturbia frecuentemente el desarrollo narrativo, convirtiendo esos pasajes en disertaciones ensayísticas, didascálicas, que desvían el hilo de la

fábula. Grave escollo que se alivia un tanto gracias al manejo de una certera *dispositio* y de un terso lenguaje.

Sin duda, *La segunda memoria* se aparta de las anteriores producciones de Alizo. Si en los cuentos de *Quórum* (1967), *Griterío* (1968) y *El rumor de los espejos* (1984) predominan las anécdotas cotidianas y ciudadinas, e incluso algunas que conceden espacio a lo fantástico y a la ciencia-ficción, en un estilo de poca plasticidad; mientras que su novela *Esta vida del diablo* (1972) no se adecuaba, por la sujeción al tema «guerrillero», al uso de una escritura predominantemente metafórica, aquí nos topamos con un decantado ejercicio de prosa y de cuidadosa armadura de las partes. Un resultado quizá vinculado al amoroso trato que Alizo viene profesando por los temas que componen esta pieza: suyos son los estudios *El laurel de Apolo Pitio* (1990) y *Saber de Grecia* (1996).

La estructura destaca por el manejo de dos puntos de vista en primera persona, uno superpuesto al otro, y una tercera perspectiva omnisciente. Con

ello se logra el efecto de desdoblamiento al personaje protagónico, confuso entre el mundo actual y el antiguo, y el inmediato arreglo de ese caos por el narrador que conoce los detalles de los traumáticos sucesos acaecidos al joven. Empero, la construcción de figuras resulta emblemática, pese a que estamos ante una novela de proclive tendencia «psicologista». El enano Adrión, Dodypol o el mismísimo doctor Pocaterro (psiquiatra que atiende a Lapique), ficha importante del tinglado dramático, no llega a constituirse en un actuante de peso, pues se diluye

como los otros (la condesa de Veralluna, el andrógino Fernando, Hosanna) entre las abrumadoras paráfrasis históricas, geográficas, mitológicas.

Novela de difícil aprehensión, onírica, de límpida y morosa escritura. De escasos sucesos narrativos, argumentativa y erudita. Obra impresionante o curiosa, según se mire; necesaria o postergable, según se lea. Alizo prima la sabiduría y se olvida de «echar el cuento». Tal vez por eso el cierre no explica si Lapique entra en la vigilia o se queda, definitivamente, soñando con Grecia. □